



www.loqueleo.com/es

En los últimos años antes de su muerte, Michael Ende comenzó a escribir una historia que tituló *El caballero Rodrigo Bandido y Chiquillo, su escudero*. Pasó a máquina tres capítulos terminados, pero desgraciadamente no pudo acabar el libro. Más de veinte años después, Wieland Freund lo ha terminado por él.



Título original: RODRIGO RAUBEIN UND KNIRPS, SEIN KNAPPE

© Texto: Michael Ende y Wieland Freund

© Ilustraciones: Regina Kehn

© 2019, Thienemann in Thienemann-Esslinger Verlag GmbH, Stuttgart

© De la traducción: Noemí Risco

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-338-2

Depósito legal: M-7.315-2019

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: noviembre de 2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Michael Ende
Wieland Freund

Rodrigo Bandido y Chiquillo, su escudero



Con ilustraciones de Regina Kehn

loqueleg



Capítulo uno

En el que desaparece el protagonista... y de repente

En medio de la oscura Edad Media, a media semana, y además a medianoche, traqueteaba, avanzando a trompicones, un carro-mato alto y cuadrado, tirado por tres burros, por una carretera llena de baches y charcos. Rugía una tormenta horrible, y los relámpagos y los truenos iban uno detrás de otro, tan rápido que no se sabía qué trueno correspondía a qué relámpago. Llovía a cántaros y soplabá un vendaval.

Al decir «la oscura Edad Media», nos referimos a una época en la que no se había inventado aún la luz eléctrica, es decir, antes de que vuestros abuelos fueran niños pequeños. Y de eso hace sin duda muchísimo tiempo. Por aquel entonces, no existían las bombillas, los faros del coche ni las linternas, y por supuesto tampoco había alumbrado público. Por lo que es fácil imaginar que en mitad de la noche la carretera estuviera negra como boca de lobo.

Si un caminante hubiera osado a esas horas ir por la carretera y se hubiera encontrado el carromato, habría oído de lejos, por encima del ruido de los truenos, el tintineo de las campanillas que colgaban de la brida y de las riendas de los tres asnos. Y con el resplandor del relámpago habría visto que el carromato parecía una casita encima de cuatro ruedas, cuyas paredes estaban todas cubiertas con divertidas figuras pintadas. Sobre su tejado puntiagudo, se alzaba una chimenea metálica; a izquierda y derecha, en los laterales, había ventanas con geranios en maceta, y en la parte trasera estaba la puerta a la casa con un tejadito extra encima. Sobre las ventanas a ambos lados se leía en grandes letras con florituras:

TEATRO DE MARIONETAS DE PAPÁ DICK

El señor director, un hombrecillo regordete, estaba sentado, cubierto con un gigantesco abrigo impermeable, en el pescante. El agua chorreaba de su sombrero de ala ancha, la cabeza se tambaleaba de un lado a otro al ritmo del traqueteo de las ruedas, y su cara redonda y sonrosada parecía amable y tranquila. Como se había quedado dormido, roncaba apaciblemente, y se diría que no le molestaba el estallido de los truenos en lo más mínimo. Igual de despreocupados continuaban avanzando a paso lento los tres asnos, que sin duda estaban acostumbrados a buscar solos el camino.

El interior del carromato tan solo lo iluminaba la tenue luz de una pequeña lámpara de aceite, que colgaba bamboleándose de una cadena corta sujeta al techo. En un rincón había una cocina y en la pared de atrás pendían toda clase de sartenes, cazuelas y cucharas de palo. Justo al lado se encontraba la zona del comedor, con una mesita, un banco y dos sillas. Todo muy

práctico y pequeño. En la otra punta había empotrada una litera. La parte de abajo era una amplia cama de matrimonio, y arriba, justo debajo del techo, había una cama estrecha y pequeña, a la que solo se podía acceder por una escalera.

El resto del espacio estaba lleno de marionetas, que pendían de unos hilos del techo o estaban colocadas en sus soportes. Allí había princesas y reyes, burgueses, campesinos y brujas, magos, la Muerte y el Diablo, arlequines, turcos, caballos, dragones y caballeros, muchos caballeros. En el suelo se amontonaban cajas y cestos, en los que se guardaban los bastidores y todas las cosas pequeñas que aparecían en el teatro de marionetas: los sablecitos y los escudos, el cetro real, platitos y sillitas, arbolitos y barquitos, y muchas cosas más.

Bajo aquella luz titilante las marionetas parecían extrañamente vivas, se balanceaban de aquí para allá, como si bailaran las unas con las otras.

Sobre la barra de las cortinas, encima de la mesa del comedor, estaba posado un pequeño papagayo muy colorido, que había escondido la cabeza bajo el ala y dormía. En la amplia litera de abajo estaba tumbada Mamá Dick, debajo de un edredón de cuadros rojos, y roncaba igual de entregada que su marido fuera, en el pescante, solo que de forma mucho más delicada y melódica.

La cama pequeña de arriba estaba vacía. Y la puerta de la casa en la parte trasera del carronato se abría y cerraba, se abría y cerraba con fuerza por el viento, una y otra vez.

No cabía duda de que alguien se había olvidado de cerrarla bien.

De repente hubo un gran estrépito, como si las ruedas del carro hubieran chocado contra una roca enorme, y el vehículo entero se inclinó y volcó de lado. Se armó un alboroto al moverse todo.

Hasta Mamá Dick se cayó rodando de la cama y el papagayo pudo sujetarse con las garras a la barra de las cortinas, pero quedó colgando cabeza abajo.

—¡Oh, cielos! —chilló—. ¿Qué ha sido eso?

Mamá Dick consiguió salir de debajo de un montón de marionetas y gritó:

—¡Eh, Papá Dick! ¿Qué ha pasado?

Fuera oyó la voz de su marido a través del silbido del viento:

—Dolly, Willy y Ully se han dormido un poco mientras avanzaban y se han metido en una zanja.

—¡Ephraim Emanuel Dick —respondió su mujer furiosa—, debería darte vergüenza! Les echas la culpa a los tres burros inocentes cuando en realidad te has quedado tú dormido. ¡Cómo se puede ser tan irresponsable!

Cuando le llamaba por el nombre completo, siempre era una señal de alarma para Papá Dick. Se volvió hacia la puerta del carromato y puso cara de mucha preocupación.

—¿Te has hecho daño, cariño?

—Nada que merezca la pena mencionar —respondió el papagayo—. Sócrates solo se ha doblado unas plumas de la cola.

—¡Cierra el pico, Sócrates! —exclamó Papá Dick—. No me refería a ti. ¿Cómo está mi querida esposa? ¿Va todo bien?

Mamá Dick salió por la puerta atrancada del carromato. Era tan sonrosada y regordeta como su marido y solo llevaba puesto un camisón y un gorrito de dormir. Después de darle a su marido un beso de reconciliación, examinó suspirando el carro volcado.

—¿Crees que podremos volver a ponerlo en marcha? —le preguntó entonces.

—Tenemos que intentarlo. En esta zona perdida de la mano de Dios no encontraremos a nadie que nos ayude. Con un poco



de suerte no se ha roto nada. Los tres lo conseguiremos. Chiquillo tiene que ayudar también. Por cierto, ¿dónde se ha metido? ¿Sigue dentro?

—Creo que no —contestó Mamá Dick inquieta—. Pensaba que todo este tiempo había estado contigo.

—No, conmigo no ha estado —dijo Papá Dick.

Intercambiaron una mirada de susto y luego gritaron al mismo tiempo hacia el interior del carronato:

—¡Hola! ¡Chiquillo! ¡Chico! ¡Niño! ¿Estás ahí dentro? ¿Te ha pasado algo? ¡Di algo, hijito! ¿Estás vivo? ¡Chiquillo, contéstanos, por favor!

—Aquí dentro no hay nadie —chilló el papagayo— aparte de Sócrates.

—¡Por todos los santos! —exclamó Mamá Dick y dio una palmada—. ¿Dónde está? ¿Dónde está mi pobre hijo? Lo hemos perdido por el camino, pero ¿cuándo y dónde? ¿Qué le habrá ocurrido?

Y ambos se pusieron a dar vueltas en la oscuridad mientras gritaban lo más fuerte posible, en todas las direcciones, en aquel vendaval:

—¡Chiquitín! ¡Chiquillo! ¡Pequeñín! ¡Contéstanos si nos oyes! ¿Dónde te has metido? ¡Vuelve, hijito!

Pero la única respuesta fue el silbido del viento y el retumbar del trueno.

En realidad, el muchacho, por supuesto, no se llamaba Chiquillo. Le habían bautizado con el nombre de Hastrubel Anaximander Chrysostomos. El nombre provenía de un libro de cuentos muy antiguo, del que Papá Dick sacaba el material para sus obras de teatro. Pero nadie podía pronunciar un nombre tan complicado y menos aún retenerlo en la memoria, ni siquiera sus padres. Por eso lo habían llamado toda su vida simplemente Chiquillo,

y así nos referiremos a él en el resto de esta historia. Ese tipo de nombres se pueden olvidar con mucha facilidad.

Mamá Dick empezó a llorar.

—Es un pequeñín tan intrépido —sollozó— que espero que no se haya ido por su cuenta a hacer nada...

—Y que lo digas —dijo Papá Dick—. Es el hijo más terco que hayamos tenido y con el que menos se puede razonar.

—Pero si no tenemos más hijos... —lloriqueó Mamá Dick.

Papá Dick la cogió en sus brazos para que se tranquilizara y le acarició el pelo, lo que le descolocó el gorrito de dormir.

—Tranquilízate, mi amor —susurró—. Seguro que aparece pronto. A alguien como él no le pasará nada. Lo encontraremos, sin duda, y entonces le daré una buena azotaina.

—¡No harás tal cosa! —lloriqueó Mamá Dick—. Eres un mal padre. Además, ¿y si es que le han secuestrado?

—¡Qué tontería! —exclamó Papá Dick—. Estamos viajando en una noche especialmente oscura para que nadie nos vea. Y encima, con este tiempo tan horrible ningún ladrón habrá estado al acecho.

—¡No te lo crees ni tú! —gritó Mamá Dick cada vez más desesperada—. Esta zona está llena de rufianes.

—Bueno, vale, pero ¿por qué iban a querer llevárselo? —preguntó Papá Dick, que no estaba muy seguro—. No somos más que unos titiriteros pobres. No podemos pagar un rescate. ¿Por qué iba alguien a querer secuestrar a nuestro Chiquillo?

Mamá Dick se apartó de los brazos de su marido y retrocedió un paso. Se había puesto muy pálida.

—En algún lugar de estos bosques —dijo con dificultad— vive Rodrigo Bandido, que es el peor y más terrible de los rufianes. Es un ser totalmente cruel. Hace el mal solo por diversión. Le da igual todo. Y si tiene a nuestro Chiquillo...

No pudo continuar hablando. Y entonces empezó a llorar también Papá Dick. Se abrazaron el uno al otro y la lluvia cayó sobre sus rostros.

—¡Oh, cielos! —graznó Sócrates desde el interior del carramato—. ¡Menuda suerte sería esa! Pero no debéis perder la cabeza. A lo mejor Chiquillo tan solo ha bajado a hacer pipí o algo parecido.

—En tal caso —respondió Papá Dick, interrumpiendo su sollozo—, nos habría llamado para que nos parásemos y le esperáramos.

—¡Pero si estabas durmiendo, dormilón —incredó Mamá Dick a su marido, con un meneo—, no habrás oído nada en absoluto! Y el pobre niño estará deambulando de noche.

—Tú también te has dormido —replicó apocado—. De lo contrario, te habrías dado cuenta de que había bajado del carro.

—¡Jolines! —chilló el papagayo furioso—. ¿Sería alguien tan amable de volver a poner el carro sobre las ruedas? Sócrates sigue aquí colgado boca abajo en la barra de las cortinas, y tampoco ve nada porque la lámpara se ha apagado, por cierto. Nos quedamos aquí y mañana temprano, cuando salga el sol, Sócrates sobrevolará toda esta zona para buscar a Chiquillo. Y vosotros podréis hacer lo mismo a pie. Pero ahora no podemos hacer nada más que esperar a ver si viene él solo. Así que haced el favor de poner recto el carro para que Sócrates al menos pueda reflexionar como es debido.

Aquel papagayo era, como se aprecia, un pájaro muy práctico y no se ponía de los nervios con facilidad. Perteneecía a una raza especialmente pequeña y colorida; parecía un payaso, pero no le gustaba nada oírlo. Además, como les sucedía con frecuencia a estas aves, tenía muchísimos años, casi cien, y por lo tanto había tenido una vida extraordinaria.

Que se le entendiera tan bien al hablar tiene una explicación evidente: no solo estuvo con Papá Dick y Mamá Dick, sino con Abuelo Dick y Abuela Dick, que también eran titiriteros por el mundo, y había oído sus obras de teatro cientos y cientos de veces hasta poder repetir las sin cometer fallos. Y como era un pájaro tan inteligente —por eso recibió el nombre de un conocido filósofo griego—, podía expresarse con un vocabulario tan amplio como cualquier catedrático.

Papá Dick encontró una rama fuerte y larga, que utilizó como palanca. Mamá Dick le ayudó a levantar el carro y se metió por debajo. Willy, Ullly y Dolly, los tres burros, tiraron con todas sus fuerzas de los arreos y, tras varios intentos, lograron poner de nuevo el carrromato sobre las ruedas. El lado que había tocado el suelo estaba bastante sucio, pero la lluvia no tardaría en limpiarlo. Por lo demás, no se había estropeado nada.

El matrimonio se subió al carrromato y volvió a encender la lámpara de aceite. Después, recogieron todas las cosas que se habían caído y lo colocaron todo con cuidado. Al terminar, se sentaron el uno frente al otro en la pequeña mesa del comedor, se cogieron de las manos y se miraron con preocupación. Ninguno de los dos tenía ganas de irse a dormir.

Mamá Dick suspiraba de cuando en cuando y decía una y otra vez:

—¿Qué vamos a hacer, Papá Dick?

Y Papá Dick respondía todas las veces:

—No lo sé.

Finalmente, Sócrates sacudió su plumaje e infló el pecho.

—¡Beber té mientras esperamos! —gritó.

Y eso fue lo que hicieron, puesto que no había nada más sensato que hacer por el momento.

Fuera, delante del carromato, se encontraban Ully, Dolly y Willy bajo la lluvia, en plena tormenta. Aunque no les molestaba, porque estaban acostumbrados. Pero esta vez dejaron la cabeza y las orejas colgando.





Capítulo dos

En el que Chiquillo sitia el Castillo Escalofrío

Mientras tanto, lejos, muy lejos de la carretera en la que estaban Papá y Mamá Dick en su carromato, bebiendo té, preocupados por su hijo, Chiquillo se abría camino por entre la espesa espesura de un bosque. Por aquel entonces, teníamos auténticas selvas vírgenes con árboles gigantescos de miles de años, con desfiladeros por los que nadie había caminado, con plantas trepadoras y pantanos en los que bailaban por arriba y por abajo los fuegos fatuos. Y el inmenso bosque que aparece en esta historia se llamaba Bosquemiedo, pues era especialmente tenebroso.

Se decía que allí no solo habitaban osos y serpientes gigantes, sino también espíritus del bosque, duendes malvados y todo tipo de monstruos. Pero, sobre todo, allí vivía, escondido en algún lugar de su inaccesible castillo, el caballero bandido más temido

de todos, al que Mamá Dick ya había mencionado con tanta inquietud: Rodrigo Bandido.

Nadie en todo el país se atrevía a pronunciar su nombre si no era con la mano delante de la boca y entre susurros, pues tan solo mencionarlo se consideraba peligroso. Existían innumerables historias sobre la maldad y ferocidad de aquel monstruo, pero sobre todo decían cosas increíbles acerca de su tremenda fuerza en la batalla, lo que le hacía totalmente invencible. Incluso los guerreros más valientes y los temerarios más atrevidos preferían correr aventuras más prometedoras y evitar el Bosque-miedo en la medida de lo posible.

Sin embargo –o más bien justo por eso–, Chiquillo había decidido visitar a aquel hombre.

Este asombroso propósito se tiene que explicar de inmediato, puesto que de lo contrario alguien podría crearse una falsa impresión de Chiquillo y tomarlo por un héroe o una persona de lo más valiente.

Pero él no era así, porque valiente es alguien que tiene miedo y lo supera. Sin embargo, Chiquillo no tenía ni idea de qué era el miedo y por consiguiente no le hacía falta superarlo.

Solo tiene miedo quien conoce el mal que hay en su interior y por tanto no lo busca. Y de eso tampoco tenía ni idea Chiquillo. No se imaginaba cómo podía ser. Así que más que una virtud, era un defecto. No tenía ni idea de qué se podía hacer ante semejante defecto. Había oído que quien no sabía diferenciar entre el bien y el mal sería un niño para siempre. Pero Chiquillo no quería eso. Él quería hacerse mayor y por esa razón se había marchado en busca de Rodrigo Bandido, quien sin duda era un experto en cuanto al mal.

La tormenta seguía rugiendo, la lluvia caía a mares, los rayos centelleaban, los truenos retumbaban y el vendaval agitaba

todo el bosque con violencia. Chiquillo no iba lo que se dice vestido para su expedición. Su pequeña y delgada figura iba enfundada en un traje de arlequín que Mamá Dick le había cosido a mano con retales de los trajes que hacía para las marionetas. Unos trocitos coloridos de terciopelo, cuero, tela dorada, pelo de animal, seda, fieltro o lana. Por supuesto, el traje estaba completamente empapado y se le pegaba a las extremidades. Tampoco llevaba gorro y su cabello pelirrojo iba todo despeinado. Parecía que aquella cara pecosa y aquellos ojos azules acabaran de caer del cielo.

Al destellar un relámpago, se iluminaron las gigantescas y nudosas ramas de los árboles, unas formas extrañas semejantes a piernas y brazos encorvados, rostros con ojos que miraban, narices cartilaginosas y bocas muy abiertas. El polifónico bramido y aullido del vendaval sonaba como un coro de voces quejumbrosas o amenazantes. Pero Chiquillo continuaba su marcha, sin dejarse impresionar en lo más mínimo. De vez en cuando, en la oscuridad, se daba en la cabeza con una rama que no había visto o se tropezaba con alguna raíz gruesa. Pero se volvía a levantar y proseguía su excursión de manera resuelta. Unas cuantas veces sucedió incluso que el viento arrancó los árboles, que crujieron al desplomarse y se llevaron por delante otros árboles. Pero Chiquillo trepaba por las ramas grandes que se interponían en su camino y continuaba andando por entre la maleza.

En una ocasión metió el pie en algo que lo retuvo. Tiró y tiró, pero no pudo sacarlo. Era como si la raíz fuese una mano que le cogiera, porque el pie no podía librarse de aquellas garras. Chiquillo tiró con todas sus fuerzas, pero aquella cosa no cedía, y pensó que a lo mejor se trataba de un malvado gnomo de las raíces.

—¡Oye —gritó Chiquillo—, suéltame! ¡Tengo que ir a ver a Rodrigo Bandido!

Apenas había pronunciado aquel nombre, cuando el pie quedó libre. ¿Acaso los árboles y los espíritus del bosque le tenían miedo? ¿O había sido pura coincidencia?

Solo había dado unos cuantos pasos cuando cayó allí mismo un potente rayo, a poca distancia de donde él se hallaba.

—¿Lo habré provocado yo? —se preguntó Chiquillo—. No me gustaría nada que hubiera sido simplemente por decir su nombre.

Los mismísimos árboles de aspecto tenebroso parecieron asombrarse ante tanta indiferencia. De pronto sus rostros adquirieron una expresión de indignación y fue como si se susurraran los unos a los otros y cuchichearan entre ellos.

—Pues vale —dijo Chiquillo—, ya me callo.

Y continuó caminando con paso firme y mucha calma.

Un poco más tarde amainó por fin el temporal, tan solo duraba aún el viento, que llevó un jirón de nubes sobre la luna llena, de modo que a intervalos aclaraba y volvía a oscurecer; aunque en el suelo del Bosquemiedo, por donde se abría camino Chiquillo, no se notaba ninguna diferencia, puesto que las enormes copas de los árboles apenas dejaban pasar la luz mortecina.

Entonces, de pronto, el viento cesó y reinó un silencio sepulcral. Tan solo se oía el leve sonido de las gotas que caían de las hojas. La niebla se alzó del suelo. Los animales nocturnos, que hasta ese momento se habían ocultado en sus escondrijos, fueron apareciendo poco a poco y observaban con ojos brillantes, desde todos los rincones, al pequeño excursionista, que de manera tan campechana había entrado en su territorio.

El suelo cada vez estaba más cenagoso y en algunas partes crecían setas inmensas, algunas de ellas más altas que Chiquillo. El suelo ahora se empinaba a ojos vistas y disminuía la cantidad

de árboles, de modo que, de vez en cuando, se podía ver la luna a través de las copas.

Tras un buen rato subiendo cada vez más arriba, de repente, Chiquillo oyó en el silencio un crujido, y después otro. Siguió el ruido y bajo un gran avellano silvestre encontró un oso cascando nueces.

—¡Hola, oso! —saludó Chiquillo, y se acercó a él—. Deja algunas para mí. Tengo hambre.

El oso se dio la vuelta y se alzó gruñendo sobre las patas traseras. Era tres veces más alto que Chiquillo y miraba desconcertado al tipo diminuto vestido con aquel colorido traje tan extraño.

—No voy a hacerte nada —dijo Chiquillo.

Ya fuera porque el oso se hubiese hartado o porque le había desconcertado mucho su desfachatez, volvió a ponerse a cuatro patas y se marchó gruñendo.

Chiquillo lo miró con amabilidad y gritó:

—¡Gracias!

Luego recogió todas las nueces que pudo encontrar, se las metió en los amplios bolsillos de su traje y retomó su camino mientras partía una nuez tras otra con los dientes para comérselas.

La luna ya había recorrido un buen trecho cuando el bosque de repente se abrió ante Chiquillo y le permitió ver unas peladas montañas rocosas, cuyas cumbres escarpadas despuntaban. Muy arriba, en el pico más alto, bajo la luz mortecina, distinguió un castillo. Nada más verlo a aquella distancia, le habría puesto los pelos de punta a cualquiera, pero no a Chiquillo, que asintió satisfecho y lanzó un silbido de admiración. Estaba seguro de que por fin había alcanzado la dirección postal correcta: el caballero Rodrigo Bandido, morador del Castillo Escalofrío, en la Montaña Pelos de Punta de Bosquemiedo.

El castillo se había construido con bloques de piedras negras y tenía cinco torres de diferentes alturas, y todas ellas, de una forma u



otra, parecían torcidas e inclinadas. Las pocas ventanas que daban afuera, ya que los muros exteriores se fusionaban directamente con las empinadas rocas verticales, parecían cuencas de ojos vacías. La fortaleza no tenía foso, tan solo había una puerta en un lateral, aunque desde abajo no se distinguía si estaba abierta o cerrada. En conjunto, aquel castillo daba la impresión de estar bastante en ruinas.

Chiquillo comenzó el ascenso. El camino era un estrecho sendero sin barandilla que serpenteaba con curiosos giros alrededor de los altos pináculos. Por todas partes, durante el camino, allá donde había un poco de sitio, Chiquillo se topaba con una tumba, cuya cruz de piedra estaba clavada en el suelo de forma inclinada. En las lápidas a duras penas descifró unas inscripciones donde se leía lo siguiente:

Aquí yace el caballero Bogumil Amenázame,
muerto a manos de Rodrigo Bandido
tras tres días de combate.
¡Viajero, cuídate de continuar!

O:
Aquí descansa el esqueleto que tanto costó recoger
del gigante Untam Menuwel,
que tuvo la mala suerte de disgustar a Rodrigo Bandido.
¡Viajero, sal huyendo!

O:
Los pocos restos que quedan
de los trece salteadores de la Banda de los Fieras,
que se toparon con Rodrigo Bandido,
están enterrados en una maceta.
¡Forastero, sal enseguida de aquí!

Cuanto más subía Chiquillo, más se tropezaba con calaveras por allí tiradas y montones de huesos. En una ocasión incluso tuvo que traspasar un enrejado de huesos humanos, que estaban forjados con cadenas oxidadas a la pared rocosa y llevaban puestos cascos. Por lo visto, se trataba de todo un grupo de caballeros que recibió su castigo por haber ido a visitar a Rodrigo Bandido sin que los invitaran.

Ante tal formación de honor, probablemente a cualquier otro se le habría ocurrido que en realidad se estaba mucho mejor y más cómodo en casa, y que ya iba siendo hora de regresar. A cualquier otro menos a Chiquillo.

Cuando por fin había llegado muy alto, vio que el camino terminaba en una almena de piedra. Un puente levadizo pasaba sobre un abismo infinito y en el otro extremo se hallaba la puerta del castillo. Aquel puente estaba tan carcomido y las enormes cadenas tan corroídas por el óxido que no se sabía muy bien si aguantaría que lo atravesase alguien. Además, la puerta gigantesca estaba cerrada.

Chiquillo colocó los pies sobre los tablones del puente, que crujió y chirrió, y algo se deslizó hasta caer al abismo. No obstante, el niño siguió avanzando. Una vez tuvo que saltar un agujero que había entre los tablones. Toda la construcción se balanceó de un lado a otro y las cadenas chirriaron. Pero entonces llegó a la puerta.

En el centro había una aldaba con el rostro de un demonio que llevaba una gruesa anilla de hierro en la boca. Chiquillo movió la anilla y llamó un par de veces. Oyó como resonaba el ruido de forma fantasmal en el interior de la fortaleza, que por lo demás estaba totalmente en silencio. Llamó una vez más con mayor ímpetu y después gritó haciendo bocina con las manos ahuecadas:

—¡Eh, hola! Señor caballero Rodrigo Bandido, ¿puedo entrar, por favor?

No recibió respuesta ni tampoco apareció nadie.

Chiquillo continuó llamando un rato más, pero fue en vano. Poco a poco se fue cansando, al fin y al cabo se había pasado en vela toda la noche, y casi se le cerraban los ojos.

—A lo mejor —se dijo a sí mismo— ha salido a hacer un recado. Seguro que vuelve pronto, de lo contrario habría dejado una nota en la puerta donde pusiera «Estoy de vacaciones» o algo por el estilo.

Se agachó en un rincón de la puerta y al momento se quedó tranquilamente dormido.

